

LA DECISIÓN

El teléfono sonaba insistentemente. Dolores se levantó rápidamente, como si tuviera un resorte. Cogió el auricular, y con la voz aún un poco tomada respondió:

- Si. Dígame.
- Hola mamá, soy yo. Lucía- se oyó al otro lado del aparato-. Perdona que te llame así de sopetón, pero es que ...Mateo se ha puesto enfermo y tengo una reunión muy importante y no puedo faltar. Ya se que he abusado de tu amabilidad últimamente, pero es que no tengo otra alternativa.
- Bueno, no te preocupes. Me visto y voy rápidamente a tu casa. –Respondió.

Lucía era la menor de los tres hijos de Dolores. Había estudiado derecho y trabajaba en un despacho muy importante en Barcelona. Era una joven muy entusiasta, pero un poco veleta. Había realizado un viaje en tren hacía unos años, un viaje con amigas de la universidad; y fue entonces cuando conoció a Antón, un bilbaíno corpulento que la enamoró por completo. Fruto de aquella relación nació Mateo.

Los otros dos hijos de Dolores también recurrían a ella de vez en cuando, y ella acudía solícita si se lo pedían. Cualquier cosa por sus hijos.

Los fines de semana subía en tren hasta Canet de Mar, a cuidar a los hijos de su hijo mayor Luis. Los martes y jueves tenía que recoger a Adela y Martín, los hijos de su hija María.

Dolores , a pesar de la alegría que le proporcionaban sus nietos, parecía una autómatas. Se sentía un poco triste y cansada. Apenas pegaba ojo por las noches. Se levantaba varias veces y cuando lograba conciliar el sueño ya había amanecido. Se incorporaba en la cama con el cuerpo dolorido, parecía arrastrar un gran peso, pero el médico le había dicho que eso era simplemente insomnio y que se tomara unas pastillas para dormir.

Su vida no había sido fácil. Nació en una pequeña aldea llamada El Arroyo Cerezo, una aldea de Castielfabib. Se marchó de joven a Barcelona para servir en una casa como tantas otras muchachas del Rincón. Después se casó, y pasó de servir en una casa a servir a su marido y a los padres de su marido, que ya eran mayores. Cada mañana se dedicaba a ir al mercado, compraba lo necesario y regresaba a casa para continuar sus tareas: atender a los abuelos , prepara la comida para cuando llegara su marido, ordenar la casa...Y con los años, vinieron los niños y el trabajo se multiplicó.

Dolores no iba a ninguna clase de costura ni de baile como hacían algunas madres del colegio de sus hijos. Su única distracción era leer revistas de viajes. Siempre que podía se acercaba a la biblioteca del barrio y pasaba un tiempo ojeando lugares de ensueño, que ella tal vez visitaría algún día... Aunque ese día nunca llegó.

No se perdía ningún documental de televisión donde salieran lugares recónditos, y se iba apuntando en una pequeña libreta aquellos destinos que le llamaban más la atención: la tierra alta de Escocia, los bosques de Canadá, la selva Amazónica...

Los años habían ido pasando sin apenas darse cuenta, y de pronto, en un abrir y cerrar de ojos su matrimonio se había roto, sus hijos habían crecido y se habían independizado y ella...ella no había hecho nada más que vivir para los demás. Nunca había dado un paso sola.

Llevaba un tiempo pensando que la vida se le estaba yendo a pasos agigantados. Tenía esa sensación. Le entristecía pensar que no había hecho nada con su vida. Todo lo que había hecho siempre era por y para su familia, pero ahora necesitaba hacer algo por ella misma. Y sentirse viva. Quería escribir su propia historia.

Así que decidida descolgó de nuevo el teléfono y marcó el número de su hija Lucía.

- Hola, hija. – Comenzó a decir Dolores.
- ¿Mamá?
- Mira, sé que te parecerá una locura, pero quiero que me entiendas...
- Me estás poniendo nerviosa, mamá. – Dijo Lucía con la voz entrecortada.
- Quiero que llames a tus hermanos y que esta misma tarde vengan todos a tu casa. No te preocupes, que voy a cuidar a Mateo, pero tengo una cosa muy importante que decirles.

Colgó el teléfono sin dar ocasión de réplica. Se vistió y salió en dirección a la casa de Lucía.

Una vez allí los tres hijos le abrieron la puerta de inmediato. Al parecer habían anulado todos sus compromisos. Estaban expectantes de escuchar aquello que su madre quería decirles.

- ¡Mamá! ¿Qué te ocurre? ¿Estás bien? – Le preguntaron los tres al unísono.
- Si, si...tranquilos. No quería alarmaros – Respondió Dolores.

Se sentaron para escuchar aquello tan importante que tenía que comunicarles.

- Me marcho.- Dijo Dolores.
- ¿Qué? – Le interrogaron los hijos.
- He decidido que quiero hacer algo antes de que sea demasiado tarde. Quiero conocer mundo, quiero descubrir cosas nuevas. Quiero vivir.
- Pero, mamá...- Comenzó a decir María.
- Ni peros ni peras.- Le cortó Dolores.- Estoy harta de servir siempre a los demás, de no hacer nada por mí misma. No hay nada que me ate, salvo mis

nietos, pero creo que sabréis arreglaros sin mi ayuda. Tendréis que solucionar vuestros asuntos. ¡Yo me largo!

Luis, María y Lucía no lograron convencer a su madre de esa locura. Para ellos era simplemente eso, una locura. Pero para Dolores era la oportunidad de su vida.

Recuperó la libreta donde escondía su destino soñado y trazó un plan de viaje. Sus hijos claudicaron al final, y ayudaron a su madre a organizar todos los preparativos.

Dolores puso su casa en venta. Vendió los muebles y con el dinero que sacara podría visitar más de un lugar, y...cuando ya hubiese recorrido todo aquello que había soñado, volvería a sus orígenes, a su tierra natal. Regresaría a la villa de Castielfabib. Se compraría una casita y disfrutaría de la vida.

